

Carta a mi hija Sofia

por MARÍA JOSÉ MONGE

Querida hija:

Cada vez que veo tu alegría al llegar a Santibáñez, pienso que debería contarte algunas cosas escribiéndote así, sin prisa y sosegadamente, como si fuera uno de esos días calurosos de verano en los que el pueblo está en completo silencio.

Hace ya algunos años (más de una vida para ti), una tarde de agosto, llegué «entre siesta» al pueblo por primera vez. Venía, con la ilusión de una novia enamorada, a conocer, por fin, Santibáñez, del que tanto había oído hablar en Oviedo. Pasé unos días inolvidables con parientes y amigos, viendo una forma de vida bien diferente para mí. Todo lo vi a través de mis ojos llenos de amor y aquello me pareció, así sin más, maravilloso.

Dos años más tarde tu padre y yo nos casamos en Llanes, como bien sabes, y entonces comencé a venir con asiduidad. Cuando tú naciste, a pesar del frío y de tus escasos dos meses, vinimos a bautizarte al pueblo. Así se inició tu vida con el pueblo.

Ahora me dices muchas veces entre risas de complicidad con papá:

— ¡Qué pena, mamá, que tú no tienes pueblo, como papá y yo!

Y hay mucho de verdad en ello. Al contrario que tu padre, pasé mi infancia y mi adolescencia viviendo en muchos sitios. Casi podría decir que recorrí Asturias y, aunque mi vinculación familiar siempre estuvo en Oviedo y en Llanes, es cierto que ese tipo de vida me hizo no echar raíces profundas en ningún lugar.

Yo, querida Sofia, no tengo los amigos de la infancia como tuvo papá, ni conservo esos recuerdos que papá y ellos tienen tan vivos hoy. Por eso es a papá, y no a mí, a quien le dices con frecuencia:

— Cuéntame travesuras de cuando eras un niño.

Y atentamente escuchas las vicisitudes de aquellos niños que fueron tu padre (Javier o mejor Pepín), Jesús Manuel (tu padrino), Enrique, Serafin, Tatito, Rafa, Ramón y algunos más.

Te encanta oír una y otra vez aquellas historias sobre la escuela, sobre la matanza (una de tus favoritas), de cuando eran monaguillos, de sus andanzas por el pueblo y sus alrededores; luego, te gusta seguir escuchando cómo todos aquellos niños se tuvieron que ir lejos, a diferentes colegios, porque sus padres decidieron que querían sacrificarse para darles una educación y unos estudios que ellos no pudieron tener.

Hoy, gracias a aquel sacrificio, tú vienes al pueblo, a tu pueblo, y eres inmensamente feliz. Aquí están tus amigas, las que nacieron más o menos cuando tú y con las que empezaste a jugar desde que eras un bebé: Vane-

sa, Melisa, Lara, Angela, Sonia, Lorena, Paula, las pequeñas Beatriz y Lucía. Perdona, cielo, si me olvido de alguna. Sí, ya sé que me dejaba al más importante: tu primo Julio; tu punto de referencia más profundo y tu mayor orgullo ante tus amigas.

El es, también, tu mejor compañero en esas «veladas» que pasáis con los abuelos. Esas en las que, la mayoría de las veces, papá y yo estamos con los amigos, los mismos con los que tu padre jugaba de niño.

Nosotros, Sofia, nos sentimos orgullosos de ti por muchos motivos; uno de ellos es precisamente ese amor tan grande que tienes por Santibáñez. Pero no debes olvidar lo que tantas veces te decimos: mientras que para ti el pueblo es un lugar privilegiado de descanso y de vacaciones, para otros fue y es trabajo duro y sacrificado.

Llegado a este punto, quiero decirte algo. Está clarísimo que Santibáñez es el pueblo de tu padre y también el tuyo, asturianina mía, pero ¿y yo?

Después de tantos años, puedo decir que he echado raíces en Santibáñez. Mis mejores amigos son de aquí o están relacionados con el pueblo. Quizá mis recuerdos más entrañables pertenecen ya ineludiblemente a este lugar. Siendo así, ¿me dejaréis papá y tú tener un pueblo como vosotros?

Alguna vez he pensado (¿por qué no?) en el día, espero que aún lejano, en que deba emprender el viaje en la nave que nunca ha de volver. Y he pensado también que la tierra de Santibáñez, tu querido pueblo, será la mejor para esa travesía. Así cumpliré con la fe que mis mayores me inculcaron y en la que hemos querido educarte. De esta manera se harán presentes aquellos profundos y hermosos versos de Quevedo:

«Alma..., venas..., médulas...,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrán sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.

«Tú, sigue riéndote con tu boca blanca, con tus ojos azul intenso, con tu cuerpo entero, porque, una vez más, has llegado a casa de tus abuelos. Tu risa es mi felicidad».

Un abrazo.

Mamá.

